



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA NUM 1282

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 19 DE OCTUBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París; A. Lorette, rue Casanaria 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ANTE TODO, FUERZA

Si la civilización se ha desarrollado en el planeta de Sur a Norte, el comercio lo ha verificado de Oriente a Occidente, y las vías mercantiles tienen esa dirección.

Cuando el mar no había sido todavía dominado y por tierra se verificaban los transportes, el territorio a través del cual pasaba en Asia el camino de la India al mundo antiguo, a pesar de carecer de condiciones de fertilidad, se convirtió en un emporio de riqueza y fué asiento de las civilizaciones caldea y persa, de la grandeza griega cuando Alejandro se apoderó de él, de la romana al sustituir los latinos a los griegos en su posesión, y por último allí tuvo su cuna y desenvolvimiento la asombrosa civilización árabe.

Hasta el descubrimiento de América, que redondeó el planeta, y del adelantamiento en el arte de navegar, que hizo de la mar el camino del tráfico, la posesión de la Mesopotamia era condición precisa para el dominio del mundo, pues la riqueza y la fuerza necesitan componerse y no pueden obtenerse sin desarrollar ambas a un mismo tiempo.

Hoy aquella región, al dejar de ser vía comercial, ha perdido toda su importancia y se ha convertido en extenso páramo, donde hasta la vida es imposible, yaciendo sepultadas en las arenas del desierto las obras maravillosas de pasadas civilizaciones que asombraron al mundo.

La escena ha cambiado, pero el argumento es el mismo: las vías comerciales dan a su dueño el poder y la riqueza; los países por donde aquéllas pasan, ó son dominadores ó dominados, y hallándose España en condiciones excepcionales dentro de las vías comerciales de la civilización moderna, su

existencia como nacionalidad independiente requiere una cantidad de fuerza que no es necesaria a los Estados cuya situación se halla fuera del movimiento comercial.

Por nuestra situación fuimos un día grandes, y mandamos en el mundo, pero al decaer, esa que fué ventaja, hizo más rápido nuestro descenso, pues todas las naciones trataron de debilitarnos y posesionarse en nuestro territorio de los puntos más culminantes en el dominio de las vías comerciales.

Esa obra que empezó con el desmembramiento de Portugal y con la pérdida de Gibraltar continuó con la perseverancia política de quebrantarnos, haciéndonos perder la fortaleza que nuestras colonias podían darnos.

La tarea no ha cesado; ya hemos perdido las últimas reliquias del antiguo esplendor colonial; ya estamos reducidos a recursos propios, que son escasos, por nuestra indolencia y desidia, pero para acrecentarlos tenemos que hacer esfuerzo mayor que quien no tiene en contra el interés de poderosas ambiciones, que se cifran en que no salgamos de nuestra miseria para ser más fácil presa en el momento oportuno.

No hay que alucinarse; estamos en el momento crítico de la mayor evolución por que España ha atravesado, y en vías de que se repitan los hechos del principio de nuestra historia, en que fenicios y griegos fundaban factorías en nuestras costas, y en que cartagineses y romanos, llevando por combatientes soldados españoles, dirimían por las armas en nuestro mismo territorio el dominio del mundo.

No son éstas vanas declamaciones de pesimismo, sino efectos de la previsión a que obligan las consecuencias de la doctrina de la fuerza, única que prevalece en la humanidad; y que lo mismo mueve a los hombres que a las naciones; y nada exige más prepararse

para la defensa que el ser dueño de algo que los demás ambicionan.

En tal caso nos encontramos; por eso insistentemente pedimos el aumento del poder naval para España, única forma de adquirir respetabilidad y aumentarla con alianzas, sólo así conseguiremos ponernos a cubierto de asechanzas exteriores y disponer de la tranquilidad necesaria para ocuparnos del desarrollo de la riqueza pública, a cuyo incremento ha de contribuir grandemente, si sabemos aprovecharla, esa misma privilegiada situación marítima, tan peligrosa en el anterior concepto.

TIJERETAZOS

Cada lunes publican los periódicos madrileños una serie de delitos de sangre y los hacen depender del descanso dominical.

Lo mismo ocurría antes y no había descasto.

Lo cual quiere decir que el reglamento que regula la ley puede ser muy malo—y lo es de verdad—y no tener nada que ver con que unos concurdamos se embiasen como fieras y se agujereen el pellejo.

De «La Correspondencia»:

«Hace algún tiempo se nombró una comisión para que informara acerca de la petición y proyecto del libre cultivo del tabaco.»

Se le dió de plazo cinco meses, los cuales han transcurrido con exceso.

¿Qué ha hecho esta Comisión?

Lo que hacen todas las comisiones españolas.

Aquí ya se sabe: cuando se le quiere dar carpetazo a cualquier cosa, se nombra una comisión que la estudie.

Que es lo mismo que darle la puntilla.

Dicen de Berlín:

«Por el ministerio de Negocios extranjeros se ha pasado una comunicación al del Interior, invitándole a que la policía forme con la mayor rapidez posible una lista de todos los japóñeses residentes en Berlín.»

Todos ellos, sin distinción, rangos y categorías, están vigiladísimo.»

¿Qué nos invaden ya?

¿Si están estudiando los nipones el modo de tomar a Berlín con la escuadra de Togo?

En punto a previsión, tanto se peca por exceso como por defecto.

La confianza excesiva puede dar margen a una sorpresa dolorosa; la previsión invade al colmo puede llevar hasta el ridículo.

Todo esto debe poner a los nipones en alerta.

Pensar que siendo menos derrotan a los rusos y llevan al temor al corazón de Europa...

¿Qué ocurriría si se los considerara hombres?

Los ingleses en el Tíbet

LA CIUDAD MISTERIOSA

La sagrada ciudad de Lhasa, capital del Tíbet, donde ha entrado la expedición inglesa enviada a ese país, se eleva en el centro de una llanura de unos veinte kilómetros de longitud por doce de anchura, y a través de la cual corre el río Kyi Chu, afluente del Brahmaputra alto.

Esta llanura se encuentra a 11 700 pies sobre el nivel mar, es decir, unos 3.000 metros.

La ciudad en sí no es muy grande, pues lo que su circunferencia no pasa de cuatro kilómetros, y su población, según Tyrbíloff, ruso que ha estado algún tiempo en la misteriosa ciudad en los años 1900 y 1901, es de unos 10.000 habitantes, las dos terceras partes de los cuales son mujeres.

Pero la ciudad de Lhasa es propiamente el centro de un gran número de aldeas, cortijos y monasterios, esparcidos por toda la llanura, donde la ciudad se levanta, y contiene, además, una gran población flotante de peregrinos y mercaderes atraídos por la fama de la ciudad, que se considera como el lugar más santo para los budhistas, algo así como la Meca para los mahometanos.

Lhasa, en lengua tibetana, quiere decir «la tierra de Dios».

Es la residencia del Dalai-Lama, que viene a ser como el Papa del budhismo, y dentro del círculo murado de la población se encuentra la magnífica catedral, en donde existe una famosa imagen de Budha, que se

creo hecha en Magadha, en vida del gran maestro del budhismo.

El camino por donde los expedicionarios ingleses penetraron en la ciudad, pasa frente al gran monasterio de Drepung, situado a unos 11 a 12 kilómetros de la parte occidental de la ciudad.

Son contadísimos los europeos que han logrado, hasta ahora, penetrar allí.

Potalá, que así se llama el palacio-monasterio donde reside el Dalai-Lama, se halla a la izquierda del camino y como a kilómetro y medio de la misma puerta occidental.

La vista del palacio, que es un monumento majestuoso, combinada con la de los alrededores, es de magnífico efecto panorámico.

El conjunto de la población también es característico, con sus casas elevadas en forma de torre, de fachadas blanqueadas, con los tejados cubiertos de azulejos de vivos colores con colores metálicos.

Pero las calles del interior son sucias, llenas de perros vagabundos y con el olor particular que se encuentra invariablemente en todas las ciudades orientales.

En la parte central se encuentran calles en las que todas las puertas son tiendas de chinos, nepaleses y mongoles.

Son muy pocos los tibetanos que se dedican al comercio.

La residencia de los funcionarios principales se encuentra fuera de la ciudad.

Dentro de ésta el edificio más importante es la catedral de Kyi Kobording, que ocupa una posición elevada en el centro de la ciudad, y consiste en varios cuerpos formados por un templo principal y muchos templos menores, y espillitas donde se veneran innumerables imágenes y otros objetos santos para los budhistas.

En frente de la fachada occidental del gran templo, crece un magnífico álamo nacido, según dicen, de un cabello de Budha.

Detrás de ese álamo se halla una antigua lápida erigida por los tibetanos del siglo IX para conmemorar su victoria sobre los chinos.

En esta lápida, que se halla actualmente bastante deteriorada, se halla inscripto el texto del tratado convocado entre el Emperador de China y el rey Ralpacham, después de la victoria de los tibetanos.

En el interior de este templo se halla la famosa imagen de Budha, que tanta fama da a aquella catedral.

Esta imagen representa a Budha en la si-

El oriado salió. Melania se puso a pensar de nuevo en el ramo de violetas. Pero Juan volvió precipitadamente. —¡Ay! señorita, si Vd. supiera... ¡Qué desgracia. —¿Qué hay? —El señorito Oliverio se ha batido esta mañana. Melania lanzó un grito. —Acaban de traerlo, continuó Juan. Dicen que puede morir. Melania se había puesto ya el sombrero y echándose una mantelita sobre las espaldas. Quería como una hermana a aquel joven, del cual no había querido ser la esposa. —¿Pero con quién se ha batido? —Con Mr. Beltran de Morlux. Melania arrojó un nuevo grito. En seguida se lanzó fuera de su habitación y corrió a casa de Oliverio, sin pensar en lo extraordinario de su acción.

son ella y la hacían la corte, por lo que no durmió aquella noche, y por lo que se levantó con el alba. —Cosa extraña por la primera vez desde hacia varios días, titubeó antes de abrir su balcón y mirar si estaba allí el ramo de violetas. Solo se decidió al cabo de una hora de estar levantada. ¡Decepción! Por vez primera el balcón estaba vacío de su ramillete. Entonces Melania se hizo este razonamiento singular: —¡Si el ramo viniera de él, por qué no lo habría puesto hoy, habiéndome visto ayer! Y Melania frunció sus negras cejas y se mordió sus labios rojos con despecho. —Felizmente, pensó, mi amigo Oliverio va a venir. Otro que tal, que me ha dado otra enigma que adivinar. Tiró de la campanilla. —Marquita, dijo a su doncella, envíame Vd. a Juan. Cuando llegó el oriado le dijo: —Vaya Vd. a la calle de Helder a casa del señor Oliverio Beauchene, y dígame Vd. que mi padre le espera a almorzar.



La señorita de Valbonne había ido de bañe y no había vuelto sino a las altas horas de la noche. Sin embargo a las nueve de la mañana, salió de su lecho, sin auxilio de su doncella y envolviéndose en un peñador se acercó toda pensativa al lado de la chimenea. La causa de la preocupación de Melania era asaz singular.